

A QUIENES NADIE VENGARÁ. SOBRE AMÉRICA ILEGIBLE DE JOSÉ RUIZ

VALERIA CAMPOS SALVATERRA
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
valeria.campos@pucv.cl
<https://orcid.org/0000-0002-0676-1789>

Cómo citar este artículo:

Campos Salvaterra, V. (2024). A quienes nadie vengará. Sobre *América ilegible* de José Ruiz. *Revista Palabra y Razón*, 26, pp. 142-151. <https://doi.org/10.29035/pyr.26.142>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

Como lo mostró muy precisamente el antropólogo René Girard (1983), las sociedades producen sofisticados mecanismos para prevenir y evitar los brotes excesivos de violencia; es decir, aquellas situaciones en que la violencia se vuelve tan incontrolable que termina destruyendo a la comunidad entera. Estos mecanismos, continúa Girard, siguen en general una lógica sacrificial: se escoge a ciertos individuos o grupos de individuos, los famosos “chivos expiatorios”, sobre los cuales se desencadena, de vez en cuando, toda la violencia acumulada en el cuerpo social. Pero esta violencia proviene, en realidad, de un desvío; pues está en primer lugar intencionada para un determinado grupo de la sociedad, y sin embargo, permitir su desencadenamiento produce la cruel amenaza de una venganza cuya violencia tiene un mayor potencial destructor que el sacrificio. Es decir, no es la violencia, sino más bien la *venganza*, aquella reacción frente a la violencia que por definición es ella misma violenta, lo que hay que evitar a toda cosa —pues una vez activada, ella puede devenir genuinamente *interminable*—. En toda sociedad, decíamos, la violencia debe evitarse, no porque ella sea mala en sí misma, sino porque su naturaleza es *propagatoria*: tiende siempre a la expansión mediante la sed de venganza. Lo que hay que cortar es la interminable cadena de la venganza que puede siempre comenzar sin que vislumbremos su fin.

Decíamos que los brotes de violencia que pueden desencadenar la venganza interminable se previenen con mecanismos de tipo sacrificial, que en las sociedades arcaicas o “primitivas” se llevaban a cabo mediante ritos y ceremonias en los que, en efecto, se sacrificaba a alguna víctima idónea. En nuestras sociedades “civilizadas”, en nuestros “Estados de derecho” —continúa el antropólogo—, no practicamos ritos sacrificiales, pues hemos creado una institución mucho más sofisticada para sofocar los brotes de violencia, una institución que tiene el *monopolio de los medios de venganza*: el sistema judicial. No debemos esperar grandes violencias provenientes de los actos de venganza de víctimas “inocentes”, pues el sistema judicial es el que se encarga de castigar de un modo tan eficiente como incruento. No obstante, nuestros sistemas de justicia están aún alejados de proveer un modo perfecto de frenar las escaladas de violencia, y los actos vengativos siguen ocurriendo fuera de sus tribunales.

Para lograr el cometido de frenar la sed de venganza, en lugar de desencadenar violencia vengativa sobre el victimario o malhechor, quien a su vez podría desencadenar nuevamente acciones vengativas en su propio grupo, las sociedades arcaicas, decíamos, desviaban la violencia de la venganza hacia una víctima sacrificial, la que no debía estar vinculada a ningún grupo social que fuese capaz de vengarla. Podría tratarse de un *homo sacer*, como diría Agamben, es decir, un individuo o grupo que pueda

adquirir el carácter de *sagrado* en su doble acepción: divino y temido, augusto y maldito, es decir, intocable. Hombre *protegido*, por ser útil a la mecánica de la violencia, pero que *puede ser asesinado* sin castigo alguno (Agamben, 2013). En términos de Girard, muy cercanos a los de Agamben, la víctima sacrificial es aquella a la que se le puede matar sin esperar ningún tipo de venganza, ni aquella que surge espontáneamente de sus cercanos, ni aquella venganza que hemos institucionalizado en nuestras sociedades “complejas”: la pena jurídica.

¿Quiénes son estos “hombres sagrados” o estos “chivos expiatorios” en nuestras comunidades actuales? Como lo explica Agamben, el *homo sacer* se encuentra siempre en las antípodas del poder soberano. Al igual que el soberano, el hombre sagrado está exceptuado, es decir, excluido del orden político y jurídico. Solo que de modo opuesto: si el soberano está excluido del orden porque es quien lo instituye y quien lo regula, porque las reglas que él crea no se aplican a él mismo, el *homo sacer* es como la bestia de Aristóteles: en su famoso pasaje de *Política*, Aristóteles afirma que los humanos que no están sujetos al orden legal de una *polis* son o dioses o bestias (Aristóteles, 1970, p. 4) Girard señala que las víctimas sacrificiales en las sociedades arcaicas pertenecían en efecto a grupos marginados de la sociedad: extranjeros, mujeres, niños, esclavos. Es esta exclusión o marginalidad lo que asegura que nadie reclame venganza sobre sus vidas sacrificadas. Lo importante es que, aunque excluidas, se trate de víctimas que guardan algún tipo de semejanza con el grupo “normal”. Si se cumplen ambas condiciones, el sacrificio tiene posibilidades de ser exitoso: desvía efectivamente la violencia, evita la cadena infinita de la venganza y, si bien no reduce a cero la violencia, se asegura que esta afecte a quienes nadie vengará, poniendo un límite a su propagación.

A quienes nadie vengará. Una consigna dura, pero real. En el ayer de las sociedades arcaicas, pero también en el ahora de nuestros supuestos “Estados de derecho”. En este sentido, la ciudadanía ha acuñado el término “zona de sacrificio”, que puede comprenderse a la luz de estos análisis de forma muy precisa. En Chile las conocemos muy bien: se trata de zonas geográficas de alta concentración industrial, en las que se ha priorizado el establecimiento de polos industriales por sobre el bienestar de las personas y el ambiente (Veas Basso y Fuentes Pereira). Muchos de estos lugares fueron antaño de ensueño: verdaderos santuarios de la naturaleza, territorios de máxima biodiversidad, que propiciaban una vida tranquila y autónoma para sus habitantes. Ellos son familias de pescadores artesanales, agricultores y pequeños comerciantes, que han tenido que transformar

su ocupación para adaptarse al trabajo industrial, pues lo que antes era suelo vivo que entregaba sustento, hoy es territorio de muerte. Población que puede considerarse ciertamente “marginal” respecto de cierta curva de normalidad socioeconómica, que resisten en dicho lugar solo bajo la promesa eterna de un futuro de superación. En Chile conocemos cinco de dichas zonas de violencia: las comunas de Puchuncaví-Quintero, Tocopilla, Mejillones, Huasco y Coronel, localidades que albergan 27 de las 28 termoeléctricas del país, 20% de la capacidad energética instalada, que generan a nivel nacional el 88% de las emisiones de material particulado, el 91% del óxido de nitrógeno, entre otras sustancias nocivas para la salud y el ambiente (Hormazábal et al., 2019). Todas, sin excepción, destruyen la vida local en nombre del desarrollo y las aspiraciones de crecimiento económico. “[Estas comunidades] conviven desde hace más de 50 años con industrias altamente contaminantes y han sufrido una serie de eventos de contaminación aguda, tales como derrame de ácido sulfúrico en las costas, varamientos de carbón en el puerto, incendios de combustibles, e intoxicaciones masivas en el año 2008, 2011 y en 2018”, se señala, por ejemplo, respecto del impacto del Complejo Industrial Ventana (Veas Basso y Fuentes Pereira, p. 27). Un crecimiento económico destructivo que, además, justifica a dichas poblaciones como víctimas sacrificiales: sabido es que una termoeléctrica no puede instalarse en cualquier lugar, sino precisamente allí donde no haya riesgos de una resistencia violenta que se desencadene sin fin calculable. En las zonas de sacrificio no hay por qué tener ese miedo: las personas que allí viven han sido silenciadas con un puesto de trabajo que suple, como única alternativa, su antigua autarquía territorial. A ellas se las sacrifica sin la amenaza de la venganza, pues aunque “la gente sabe, el problema es que normaliza cosas que no son normales”, dicen algunas voces (Veas Basso y Fuentes Pereira, p. 20)¹. Es el caso de Magali Torres, quien solo después de décadas cayó en cuenta de esta anormalidad: “Y por eso que yo pienso que la enfermedad que yo tengo ahora que es la fibrosis pulmonar —porque lo primero que me preguntan los médicos a mí es si yo fumo... nunca he fumado—, entonces para mí que todo es debido a eso, a la contaminación”, describe dramáticamente (Veas Basso y Fuentes Pereira, p. 8)². Las voces más conscientes intentan aún conocer las verdaderas causas de la violencia sacrificial que todavía sufren: “empecé a investigar por qué se estaban muriendo mis vecinos, me fui interesando en el tema de la salud de mi comunidad [...] me empecé a relacionar con las viudas, porque tenía varias tías —así les digo por la edad— que estaban en la lucha por los primeros trabajadores de Enami que fueron sacrificados por el supuesto futuro, por el supuesto desarrollo que iba a haber en la región” (Veas Basso

¹ La cita corresponde al Testimonio de Doris Zamorano.

² La cita corresponde al Testimonio de Magali Torres.

y Fuentes Pereira, p. 31)³. Y sin embargo, también se declara: “acá hay mucha cesantía, si usted pregunta hay mucha gente sin trabajo, entonces tampoco le dan una oportunidad laboral al vecino que están contaminando” (Veas Basso y Fuentes Pereira, p. 42)⁴.

2 y 3 de febrero de 2024, Viña del Mar: se produce el incendio categorizado como uno de los desastres más grandes del país en los últimos 30 años. Afecta al gran territorio comprendido entre la Reserva Forestal Peñuelas, límite oriente de la ciudad, hasta las localidades de Villa Alemana y Limache, en la zona nororiente de la región de Valparaíso. En total, se trata de 215,9 hectáreas quemadas, las cuales incluyen sectores urbanos, agrícolas y forestales. Los más serios efectos se produjeron en coberturas de bosque-forestal, el cual corresponde al 53% del total quemado, mientras que el 39% corresponde a pastizal-arbustivo. En la comuna de Viña del Mar, el incendio quemó el 45% de la cobertura de pastizal-arbustivo y el 10% del suelo construido. Se estimó un total de 9.828 edificaciones afectadas en la comuna. Se generó un catastro de daños de infraestructura a través de 136 puntos levantados en terreno en los principales sectores afectados, donde 47 corresponden a infraestructura crítica (34,6%), 38 a equipamiento vecinal o urbano (27,9%) y 51 a la categoría otros (37,5%), es decir, zonas límites de afectación o viviendas siniestradas (CIGIDEN , 2024), señala un informe. Fuego sin control, territorio forestal destruido y miles de familias que perdieron sus casas, sus bienes y, en el caso de muchas y muchos, sus vidas.

Sin embargo, los incendios no son ajenos a nuestra región, y la Reserva Peñuelas no se encontraba virgen de todo asecho por parte de las llamas. Ya había sido quemada antes, y no solo por acciones descuidadas de individuos contingentes: muchas de las quemas históricas, con evidencias o no, han dado lugar a la especulación más temible, a saber: que se hayan realizado con el fin de despejar terreno para proyectos inmobiliarios de alta utilidad. Al no existir en Chile una ley de suelos protegidos, es decir, al estar permitido que un suelo protegido ecológicamente, como la Reserva Peñuelas, una vez que se destruye pueda enajenarse como terreno comercial, apuntalan dichas sospechas. Una ley de suelos, por el contrario, obligaría a una pronta reforestación, aunque se tratase de una pérdida de alta extensión territorial. Muchos y muchas vimos en el incendio de febrero de 2024 la oscura posibilidad de que se tratara, una vez más, de una acción sacrificial que sirve a un objetivo comercial: la destrucción de un agente,

3 La cita corresponde al testimonio de Cristina Ruíz.

4 La cita corresponde al testimonio de Viviana Melany.

esta vez no-humano, acaso aún más sacrificable que uno humano, que sin duda cuenta con muy pocas posibilidades de ejercer venganza efectiva y próxima sobre sus violadores.

En su obra *América ilegible*, presentada en el contexto de la Bienal de Arte de Valparaíso realizada en mayo de 2024, José Ruiz, artista colombiano, revisa un nuevo sacrificio, no solo común en Chile, sino en toda América Latina. Pues parece que no se trata solo de determinadas localidades, sino de todo un continente que se ha vuelto ilegible al ser signado como zona de sacrificio. La obra, realizada gracias a una residencia artística en Valparaíso, hace parte de un proyecto mayor con el mismo nombre, que inició en Bogotá en 2023. La obra realizada en Valparaíso consistió en una intervención del espacio público que albergó la acción artística titulada *Origen Continente*, que Ruiz llevó a cabo el día 18 de mayo en el antiguo estanque de reserva de agua ubicado en el Cerro Cárcel, uno de los corazones de la ciudad. En un pozo de enormes dimensiones —con una pared de 140 metros de largo por 6 de alto—, Ruiz se dio a la tarea de escribir algunas palabras clave que determinan y sellan todo sacrificio. Lo hizo a través de la creación de una tipografía ajustada al proyecto, que denominó *Alimapu* —tierra quemada en Mapudungún—: “Una tipografía desarrollada a partir de la rotación de cuatro módulos, el movimiento de los módulos para la construcción de cada letra alude al movimiento del fuego, las letras juntas refieren a una edificación después de un incendio”, señala Ruiz en su catálogo. En los muros del estanque se leía, en una disposición análoga de las letras y frases, lo siguiente:

La extracción siempre lleva a la devastación total
Cada orificio refiere a un saqueo
Incendian la tierra para apropiarse del lugar
Recursos en disputa
Aumentan las zonas de sacrificio

Palabras clave, como “extracción”, “saqueo” “apropiación”, “recursos”, “sacrificio”, insertan la obra y la *performance* de Ruiz en el complejo entramado del fenómeno más conocido hoy como “extractivismo”: todas las acciones y disposiciones que utiliza la industria sobre territorios ricos en recursos naturales para extraer dichos recursos sin planes seguros de recuperación o sostenibilidad. Extracción desmedida, con gran *futuro* económico, pero sin *por venir* social ni ecológico, de materias primas hoy consideradas “oro” para ciertos sectores productivos. Su extracción no solo sirve a determinadas industrias con nombre y apellido, sino que además apuntala el flujo y acumulación global del capital. Se entiende que no se trata de una extracción ni sostenible en el tiempo ni generadora de riqueza

para la localidad de la cual proviene; todo lo que de dichas actividades extractivas se obtiene se desvía hacia enormes sociedades productivas anónimas, cuya concentración horizontal y vertical aumenta en relación directamente proporcional a la desregulación, por parte del Estado, de los territorios y de sus posibilidades de explotación. Al decir de Verónica Gago y Sandro Mezzadra, la categoría de extractivismo hace referencia a un conjunto de operaciones del capital que no solo buscan extraer materias primas, sino también fuerza de trabajo, tiempo y finanzas (Gago y Mezzadra, 2017). Lo interesante de esta perspectiva es que entiende que la noción de extractivismo tiene también una relación directa con el capital financiero, más allá de su sectorización en la efectiva extracción de materias primas; es decir, va más allá de los centros de extracción en los que clásicamente se ha centrado el marco conceptual denominado “extractivismo”. El sacrificio, mas no la venganza, es lo que parece propagarse.

En la medida en que se trata de una actividad con escasa regulación, bien puede hablarse de un “saqueo” de recursos. *Acción de saquear* que la RAE considera en las siguientes acepciones: 1) “Apoderarse violentamente de lo que hallan en un lugar”; 2) “Entrar en una plaza o lugar robando cuanto se halla”; 3) “Apoderarse de todo o la mayor parte de aquello que hay o se guarda en algún sitio”. No es necesario un análisis de gran envergadura para entender que el extractivismo opera con prácticas cercanas a lo que el diccionario consigna bajo la acción de “saquear”. El aporte del extractivismo contemporáneo a los circuitos transnacionales del capital se vuelve vitalmente relevante en toda crítica del mismo, razón por la cual es posible entender que las zonas de sacrificio no involucran a ciertos territorios aislados, como señalábamos, sino a todo un continente, nuestra América Latina. Y los saqueos no son únicamente de materias primas que “enriquecen” la matriz energética, sino de todos los tipos imaginables como, por ejemplo, es también el caso de nuestra matriz alimentaria (Campos, 2019).

Siguiendo esta convicción, Ruiz centra en el piso del estanque en cuestión, pintada en enormes letras negras y amarillas en tipografía *Oro*, la palabra “AMÉRICA”. A partir de esta palabra, y mediante movimientos rotatorios en zigzag que realiza Ruiz de un lado a otro del estanque, la acción se despliega sustituyendo las letras de esta palabra por otras que se encuentran en distintos lugares del mismo estanque, construyéndose así sucesivamente las siguientes palabras:

origen - continente - ilegible - cuerpo - saqueado - recurso - común - suelo
- origen

La circularidad del estanque, su profundidad y enormes dimensiones, junto a los movimientos rotativos de Ruiz, nos recuerdan que el problema del extractivismo parece constituirse a partir de una titánica lógica cíclica que ninguna medida aislada podría simplemente detener. Se propaga en espiral, como la violencia de la venganza que pensó René Girard. Se propaga y se protege: sus impactos destructivos y violentos no afectan a cualquiera. Crece en las zonas de sacrificio: ecosistemas enteros, vidas humanas colectivas que *no serán vengadas*. Su marginalidad, tanto respecto de la existencia humana como de la vida de quienes conforman la “normalidad” socioeconómica de la población, aseguran que la violencia podrá desencadenarse sin riesgo de propagación, comenzando y acabando sobre esos cuerpos —humanos y no humanos—. Extracción, saqueo y sacrificio: la trinidad circular de la muerte que amenaza nuestro continente entero, nuestra situación de tercer mundo, de sur global. Y que si bien no es una situación exclusiva de Chile, tiene en nuestro país una raíz muy profunda: lo que algunos defienden como “estabilidad económica y jurídica” que haría de nuestro país un lugar ideal para la inversión extranjera, es en realidad el efecto de profundas desregulaciones hechas en el nombre del capital libre, una suerte de anarquismo neoliberal que hace del Estado un siervo del mercado.

En resumen, las zonas de sacrificio no son malignas obras de unos pocos inversionistas particulares; deben ser entendidas en el contexto de un marco de planificación territorial particular propio de Latinoamérica, caracterizado como planificación territorial neoliberal. Estos tipos de planificación han sido especialmente fructíferos en Chile, y es lo que verdaderamente explica la preferencia de los inversionistas por nuestro territorio. Se trata, en concreto, de “una planificación diseñada desde lógicas de liberación de mercados que busca acentuar procesos masivos de industrialización de capital basado en una normativa de aprovechamiento de las ventajas comparativas del país”, como sostienen Hormazábal et al. (Hormazábal et al., p. 9). Esto quiere decir que, si América es el continente sacrificial por antonomasia, hoy vuelto ilegible por esa violencia, es probable que sea en buena medida gracias al “caso Chile”.

Pero esta obra de José Ruiz no trata un tema aislado de sus intereses, ni fue aquella por la cual fue invitado a la Bienal de Valparaíso en primer lugar. En 2021 fue conocido por su obra *Amanecerá decapitado*, que se expuso en Espacio El Dorado, Bogotá. La obra, también de modalidad performática, consistió en recoger las cabezas de los monumentos decapitados de Cristóbal Colón durante el movimiento social colombiano del mismo año. La exhibición consta de videos que registran los traslados

de las cabezas por toda Bogotá. Presentar esta obra en Chile implicaba hacer el traslado de dichas cabezas a nuestro país de modo análogo: por tierra. “Cruzar las fronteras con una cabeza de Colón fundida en cemento en Colombia; un bloque blanco que parece macizo, pero es hueco, ideal para transportar cualquier mercancía”, declara Ruiz en su catálogo, enfatizando lo problemático del desafío. *Amanecerá decapitado* es parte de un proyecto mayor, titulado *La historia se escribe en futura*, que hace referencia al futuro simple en que se escriben las promesas políticas y económicas: “aquí se construirá; las condiciones de vida mejorarán; el país progresará”, entre muchas otras. Ese “futuro” es el señuelo que ancla cada día a miles de personas en las zonas de sacrificio, el futuro en que se enmarcan las promesas neoliberales de “un mañana mejor”. Futuro calculado que, sin embargo, solo llega para el capital y su monstruosa expansión, al tiempo que deja a las vidas desnudas de aquellas zonas sin un genuino por-venir: sin un más-allá-del-presente que pueda representarse. Para el diagrama de dichas consignas, Ruiz también puso un foco en la tipografía, como si los trazos y marcas de las palabras reprodujesen simbólicamente las heridas de todo el continente. Para dicha intervención, utilizó la tipografía *Futura*, que da título final a la obra de 2021. Una paradójica tensión entre dos formas del tiempo: un presente-futuro que no hace sino perpetuar la violencia sacrificial de naturaleza económico-política, y un por-venir que parece del todo utópico, y que ya no tiene lugar siquiera en nuestra imaginación.

El recorrido Bogotá-Valparaíso no estuvo exento de problemas migratorios, que Ruiz registra en un diario, y que también fueron documentados por Sara Campos, fotógrafa que aceptó acompañarlo en el recorrido. El viaje se llevó a cabo entre el 9 de marzo y el 21 del mismo mes, día en que Ruiz llega a Valparaíso. En su diario de ese día señala Ruiz escribe (Ruiz, 2024):

De camino vimos un incendio en uno de los cerros con construcciones más antiguas, por estos días ese es el panorama en Valparaíso y Viña del Mar, algunos incendios son accidentales, pero otros son intencionales. Entrando a la ciudad leí un grafiti que decía “cartel de fuego”, *tal vez ese deba ser el tema de la resistencia* [énfasis añadido]. El recorrido culminó a las 13:15 cuando descargamos la cabeza en Valparaíso. Viajamos durante trece días por la carretera panamericana entre el mar y la cordillera.

El tema de la resistencia. Un posible cartel, no ya de una para-economía ilegal, sino que esta vez asociado a la pulsión extractivista ya legalizada, propia de Chile y de toda América Latina. Una práctica de saqueo que empezó efectivamente con el arribo de Colón a este territorio. Su cabeza trasladada más allá de las fronteras de un Estado-nación es símbolo de que la resistencia

ya ha comenzado, pero ¿cómo seguir en una situación donde no es ya la ley, sino verdaderos carteles los que regulan el territorio con su violencia extractivista? *Alimapu* y sus trazos en espiral, como el fuego descontrolado que se intenciona con el fin de apropiarse del territorio. América, su origen, escrita en *Oro* como índice de una violencia que no hemos sido capaces de detener, justamente porque afecta a quienes parecen no tener a nadie que venga la destrucción masiva de sus corporalidades. ¿Y si la venganza se traduce en resistencia? Esta parece ser la apuesta de Ruiz, una venganza que no es sino la justicia, nunca *futura*, sino *por venir*.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2013). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos.
- Aristóteles (1970). *Política*. Instituto de Estudios Políticos de Madrid.
- Campos, V. (2019). “Los otros saqueos de Chile. Breve análisis sobre el derecho a la alimentación en nuestro país”. *Pléyade*, especial *Revueltas en Chile*.
- CIGIDEN (2024). Informe de Daños: Evento Incendios 02 y 03 de febrero de 2024, Viña del Mar (Región de Valparaíso). <https://www.cigiden.cl/informe-de-danos-evento-incendios-02-y-03-de-febrero-de-2024-vina-del-mar-region-de-valparaiso/>
- Gago, V. y Mezzadra, S. (2017). A critique of the extractive operations of Capital: toward and expanded concept of extractivism. *Rethinking Marxism*, 29 (4), 574-591.
- Girard, R. (1983). *La violencia y lo sagrado*. Anagrama.
- Hormazábal et al. (2019). “Habitar una zona de sacrificio: análisis multiescalar de la comuna de Puchuncaví”. *Revista Hábitat Sustentable*, 9 (2).
- Ruiz, J. (2024). “De camino vimos un incendio en uno de los cerros con construcciones más antiguas, por estos días ese es el panorama en Valparaíso y Viña del Mar [...]”. Diario personal de José Ruiz.
- Veas Basso, C. y Fuentes Pereira, C. (s. f.). *Vivir en una zona de sacrificio. Experiencias e historias ciudadanas de la contaminación en Chile*. Programa Chile Sustentable. <https://chilesustentable.net/>